



**“...De su devoción a María,
nadie tan semejante a san Bernardo...”**



Vidral de la iglesia parroquial
de La Trinité Porhoet

PARA CONOCERLO

Las palabras más apasionadas de san Luis de Montfort son las que proclaman el lugar privilegiado y único de María no sólo en relación al plan universal de salvación, sino también en la historia concreta de cada alma. El cardenal de Bérulle, atento sobre todo al privilegio de la maternidad divina de María, llamaba Ella “la esposa del Padre”; Luis, más bien, la contempla como **“esposa del Espíritu”**, utilizando un vocabulario de metáforas

singulares y profundas: «El Espíritu Santo siendo estéril en Dios, es

decir, no produciendo otras personas divinas, se hizo fecundo por medio de María con quien se casó...». Esposa del Santificador, María concibió al "Cristo total", y continúa generando al Hijo en el

corazón de los santos: **cada santificación, cada realidad personal de gracia pasa por María.**

La inmutabilidad del misterio de Dios y la verdad de sus caminos de amor garantizan la perpetua actualidad del misterio mariano; al respecto escribe san Luis: «La conducta que las Tres Personas de la Santísima Trinidad tuvieron en la Encarnación y en el primer advenimiento del Verbo, la conservan siempre, de manera invisible, en la Santa Iglesia y la mantendrán hasta el fin de los siglos».

Luis explica el misterio, así como se explica al pueblo o a los niños: «La misma madre no da a luz la cabeza sin los miembros, ni los miembros sin la cabeza: sería un monstruo de la naturaleza...». Y luego: «Jesús es siempre y en todo lugar fruto e hijo de María, y María es siempre y en todo lugar el verdadero árbol que da el fruto de la vida y la verdadera madre que lo produce».

Podemos ver, en las páginas escritas por San Luis de Montfort, la humilde tensión hacia una claridad de fórmulas: «Quien quiera ser miembro de Jesucristo debe formarse en María, por la gracia de Dios que habita plenamente en Ella». Uno es el camino principal para ir al Señor: **«La Virgen Santísima es el medio por el que nuestro Señor vino a nosotros; es también el medio que debemos utilizar para ir a Él...»** Y escribe, además: «Es por María que Jesucristo vino al mundo, y es también por María que debe reinar en el mundo».

«María es lugar santo, y el Santo de los Santos, donde se forman los santos... San Agustín llama a la Santísima Virgen **“forma Dei”: molde de Dios**; ... el que es arrojado en este molde divino pronto es formado y estampado en Jesucristo, y Jesucristo en él».

(Cf. Benedetta PAPASOGLI, Montfort un uomo per l'ultima chiesa, Roma 1991, 368-369).



LA PALABRA NOS GUÍA

**Escuchen la Palabra del Señor
del Libro de los Proverbios (8, 17-21.32-35)**

Yo amo a los que me aman
y los que me buscan me encontrarán.
Conmigo están la riqueza y la gloria,
la fortuna sólida y la justicia.

Mejor es mi fruto que el oro,
que el oro puro, y mi renta mejor que la plata acrisolada.
Yo camino por la senda de la justicia,
por los senderos de la equidad,
para repartir hacienda a los que me aman
y así llenar sus arcas.»

«Ahora pues, hijos, escuchadme,
dichosos los que guardan mis caminos.
Escuchad la instrucción y haceos sabios,
no la despreciéis.

Dichoso el hombre que me escucha
velando ante mi puerta cada día,
guardando las jambas de mi entrada.
Porque el que me halla, ha hallado la vida,
ha logrado el favor de Dios.

MEDITEMOS

Virgen Madre, Hija de tu Hijo,
humilde y gloriosa más que ninguna otra criatura,
objeto inmutable de los designios del Eterno;

tú eres la que de tal manera
ennobleces la humana naturaleza,
que no se desdeñó su Hacedor
de convertirse en hechura suya.

En tu seno se encendió aquel amor
cuya llama hizo florecer así
esta flor en la paz perpetua del Paraíso.

Aquí eres para nosotros sol de caridad
en su mediodía,
y para los mortales en la tierra
inagotable fuente de esperanza.

Tan grande eres, Señora, y tan poderosa,
que el que pretende una gracia y no acude a ti,
desea el imposible de volar sin alas.

Y tu bondad no sólo viene en auxilio
del que la demanda, sino que muchas veces
se anticipa generosamente a todo ruego.

En ti la misericordia, la piedad,
la magnificencia, en ti se junta
cuanto de bueno hay en las criaturas.

*(Dante Alighieri, Oración de San Bernardo,
Paraíso XXXIII)*

HOY PARA MÍ

El Concilio Vaticano II enseña que la verdadera devoción a María no tiene nada que ver con la curiosidad, la vana credulidad, el milagro, el sentimentalismo superficial y el formalismo de las prácticas externas; sino que consiste más bien en reconocer **la dignidad singular de María, en acudir a ella con confianza y amor filial, en imitar sus virtudes**, para seguir a Cristo junto con ella. Según San Agustín, “honrar y no imitar no es otra cosa que adulación mentirosa”.

María quiere ser un modelo para todos nosotros y no sólo un refugio. María no es una madre protectora y posesiva que encierra a sus hijos en el infantilismo; sino es una madre que nos ayuda a crecer hacia la madurez y nos empuja a enfrentar el riesgo.

Acoger a María en la propia casa, como Juan, el discípulo amado de Jesús, significa sobre todo asimilar las actitudes de María: fe valiente, libertad y entrega, responsabilidad y presencia en la historia, donde se realiza el plan de Dios.

Confiarse o consagrarse a María significa vivir el bautismo en su compañía, con coherencia y radicalidad evangélica. En la veneración de la Santísima Virgen, el culto litúrgico debe tener el primer lugar, por tanto, otras formas de devoción deben inspirarse en él, para que María aparezca siempre unida a Cristo e involucrada en el movimiento de adoración que Él, en el Espíritu Santo, hace subir al Padre. María, de hecho, sigue siendo "la sierva del Señor" (Lc 1,38) y su gloria en el cielo sigue siendo la gloria de servir.

El canto de María es siempre el mismo: «Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador» (Lc 1,46); y su

invitación es siempre la misma: "Hagan lo que él les diga" (Jn 2,5).

La piedad de la Iglesia hacia la Santísima Virgen es un elemento esencial del culto cristiano. El culto mariano, a pesar de ser completamente singular, se diferencia esencialmente de aquel culto de adoración que se rinde al Verbo encarnado junto con el Padre y el Espíritu Santo.

(Cf. Conferencia Episcopal Italiana, Catecismo de los adultos, La Verità vi farà liberi, nn. 794-795)

PREGUNTÉMONOS

- ¿Quién es María para mí, qué relación tengo con ella?
- ¿Qué entiendo por devoción a María?
- ¿Hay algo que cambiar en mis actitudes?



RECEMOS CON SAN LUIS (del Secreto de María, 68-69)

(68) Dios te salve, María, Hija predilecta del Padre eterno; Dios te salve, María, Madre admirable del Hijo; Dios te salve, María, Esposa fidelísima del Espíritu santo. Dios te salve, María, Madre mía querida, mi amable Señora y poderosa Soberana. Dios te salve, mi gozo y mi corona, mi corazón y mi alma. Tú eres toda mía por misericordia, y yo te pertenezco por justicia. Pero aún no te soy suficientemente. Por ello me consagro hoy totalmente a ti en calidad de eterno esclavo, sin reservarme nada para mí ni para los demás.

Si ves aún en mí algo que no sea tuyo, tómallo ahora mismo, hazte dueña absoluta de cuanto tengo; destruye, arranca, aniquila en mí cuanto desagrade a Dios; planta, levanta y realiza cuanto quieras.

Que **la luz de tu fe** disipe las tinieblas de mi espíritu. Que **tu humildad profunda** sustituya a mi orgullo. Que **tu contemplación sublime** encadene las distracciones de mi fantasía vagabunda. Que tu visión no interrumpida de Dios llene con su presencia mi memoria. Que **el fuego de tu ardiente caridad** incendie la tibieza y frialdad de mi corazón. Que **tus virtudes** ocupen el lugar de mis pecados, y **tus méritos** sean ante Dios mi ornato y suplemento. En fin, muy querida y amada Madre mía, haz -a ser posible- que no tenga yo más espíritu que el tuyo, **para conocer a Jesucristo y su divina voluntad**; que no tenga yo más alma que la tuya, **para alabar y glorificar al Señor**; que no tenga yo más corazón que el tuyo, **para amar a Dios con amor puro y ardiente** como el tuyo.

(69) No te pido visiones ni revelaciones, ni gustos ni contenidos aun Espirituales. Para ti el ver claro y sin tinieblas, para ti el saborear el gozo pleno y sin amarguras; para ti el triunfar gloriosamente a la diestra de tu Hijo en el Cielo, sin humillación; para ti el mandar sobre Ángeles, hombres y demonios, con poder absoluto y sin oposición; para ti, finalmente, el disponer como quieras de todos los bienes de Dios, sin reserva alguna.

Esta es, ¡oh excelsa María!, tu mejor parte que el Señor te ha concedido, y que no te será nunca arrebatada. Lo cual me llena de inmensa alegría. Para mí, en este mundo sólo quiero gozarme en tu alegría; creer a secas, sin ver ni gustar nada; sufrir con alegría, sin consuelo de parte de las creaturas; morir

continuamente al egoísmo, sin cansarme jamás; trabajar por ti esforzadamente hasta la muerte, sin interés alguno, como el más ruin de tus esclavos.

Te imploro solamente que, por misericordia, me permitas decir tres amenes todos los días y en todos los mementos de mi vida: amén a cuanto hiciste en este mundo mientras viviste en él; amén a cuanto haces ahora en el Cielo; amén a cuánto haces en mi alma, para que en ella habites sólo Tú, a fin de glorificar en plenitud a Jesucristo en el tiempo y en la eternidad. Amén.

**CENTRO DE COORDINAMIENTO DE LA
ESPIRITUALIDAD MONFORTIANA
(Provincia de Italia)**

Via Villa Musone, 170 – 60025 Loreto (AN)
—ITALIA—

Coordinador: P. Efrem Assolari
Cell. +39 338 77 95 064
E-mail: effremo1955@libero.it